

CONDICIONES NATURALES NECESARIAS PARA LA CASTIDAD: MODESTIA Y MORTIFICACION

Ya os he dicho que la modestia, que las ideas elevadas deben darse entre nosotras, pero no he insistido bastante sobre un punto que en mis conversaciones particulares recomiendo mucho y que considero esencial para conservar la virtud de castidad que tratamos de profundizar: no permitir que nos toquen y no tocar a los demás.

La amistad, el cariño, la ternura no se expresan con abrazos, con expresiones corporales, con cogerse las manos: estas actitudes no convienen a una virgen. La virgen que se respeta no permite que la toquen, ni ella lo hace jamás.

Nos podemos abrazar dos o tres veces al año, en algunas fiestas, cuando volvemos de un viaje (esta es la Regla que da San Vicente de Paul). Esas personas que necesitan demostrar su amor agarrándose las manos no tienen ese sentimiento delicado de respeto hacia ellas mismas.

Tenemos en nuestros altares copones y cálices: contienen lo que más amamos, Nuestro Señor Jesucristo que viene a nosotras, que habita en nosotras por la comunión. Sin embargo aunque fueseis sacristanas ¿se os ocurriría estar tocando continuamente los vasos sagrados? Por supuesto que no.

Vuestro cuerpo, hermanas, es un vaso sagrado, en el que Jesucristo ha fijado su morada el día de vuestros votos perpetuos, cuando de un modo simbólico os cubrieron con el velo de la virginidad. Estáis consagradas, vuestro cuerpo es como un cáliz o un copón destinado a contener el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. Y así como respetáis los vasos sagrados, que no debéis tocar sin necesidad,

y cuya profanación os cansaría enormemente una gran tristeza, así tenéis que considerar a vuestros cuerpos.

Es una costumbre que hay que adquirir no tocar a los demás, ni dejarse tocar. Debe ser como una reacción natural y conozco muchas personas que reaccionan así.

No os imaginéis que exagero: recordad las vidas de los santos. Algunas aún en su última enfermedad, estando ya para morir les costaba que les tocasen aún para los cuidados más indispensables.

San Luis Gonzaga sobresale en esta extremada delicadeza; Sta. Juana de Chantal que había prometido donar su corazón a uno de sus Monasterios, pone expresamente la condición de que no descubriesen su cuerpo más de lo estrictamente necesario, para conservar aún después de muerta una perfecta modestia.

Creedme: no escuchéis otras explicaciones: tomad sencillamente la costumbre de no tocar y de no dejarse tocar. Es una gran enseñanza en la educación, es una gran señal de respeto hacia Jesucristo vuestro Esposo.

Continuando el tema que trato, abordemos la mortificación como guardiana de la castidad, así como la sal penetra y preserva de corrupción los alimentos que deseamos conservar. ¿De qué mortificación se trata? Seamos muy precisas en este punto.

Cuando me pedis permiso para algunas austeridades, casi siempre me veo obligada a no permitir las, por causa de vuestra salud.

El deseo de sufrir por el seguimiento de Jesús, la aceptación voluntaria de los sufrimientos corporales son sentimientos eminentemente cristianos y religiosos,

no quiera Dios que yo os impida caminar por esa senda. Pero como decía un padre Pasionista a una Superiora: "En las austeridades además del aspecto de devoción o reparación, está el aspecto de justicia."

Nosotras como religiosas tenemos unos deberes de justicia hacia las alumnas y hacia la congregación: Enseñar bien, atender a las niñas, rezar bien el Oficio, observar la Regla exactamente. "Si sus religiosas, decía el padre Pasionista, ayunan y van a las clases con el estómago vacío, darán muy mal sus clases, descuidadamente atenderán a las niñas y no tienen derecho a faltar a la justicia para satisfacer una devoción". Casi lo mismo me dijo un Dominico a propósito de la observancia de la Regla: "Hay, me decía, quien ayuna muchísimo, pero que no se levantará para rezar el Oficio en el coro: algunos no pueden hacer esto o aquello y todo recae siempre sobre los mismos". Rezar todas juntas el Oficio, levantarse a la hora prevista, cumplir la Regla desde por la mañana hasta por la noche, es mucho más importante para conservar el fervor en una comunidad que ayunar o llevar a cabo otras austeridades.

Es verdad que el deseo de sufrir es siempre meritorio. Se cuenta en la vida de San Luis Gonzaga que con frecuencia pedía permiso para mayores penitencias. Siempre se lo negaban y siempre se marchaba satisfecho porque era voluntad de Dios !Por favor que este ejemplo no os induzca a molestar continuamente con la misma petición a vuestras Superiores! !Sería injunto tentar demasiado su paciencia!

¿Así pues, qué mortificación es indispensable para salvaguardar la castidad?

Es, ante todo, la mortificación negativa, abstenerse de muchas cosas, como pide la Regla, evitar los gustos de los que podemos prescindir sin inconvenientes.

Se desea comer algo: privarse de ello, que no daña a la salud.

Se desea mirar, distraerse, divertirse, relacionarse con tal persona: se puede muy bien sin dañar a la salud abstenerse de esas distracciones, evitar los entretenimientos, vivir silenciosa y recogida. Vivimos tal vez con personas cargantes que tienen la manía de contar cosas: pues las escuchamos.

Ya veis que os propongo pequeñeces, pero que si se renuncian con frecuencia pueden ser muy mortificantes.

Hay otro punto que puede mortificarnos: está prescrito por nuestra Regla pero fácilmente lo observamos mal y es la queja. Nos gusta quejarnos. La gente se queja mucho de todo y por todo: de lo difícil que está la vida, de la familia, del tiempo etc...

Las religiosas generalmente nos quejamos menos pero !cuánto temple se necesita para aceptar siempre y sin quejas la voluntad de Dios manifestada en las diversas circunstancias!

Además, hermanas, hay pocas personas que no padezcan algún dolor corporal: a una le duele la cabeza, a otra las muelas, aquella es reumática... Pues bien entre todas las mortificaciones, la que más agrada a Dios es recibir con buena cara los sufrimientos que El nos envía.

San Alfonso M<sup>a</sup> de Liguorio dice que una mortificación que no hemos buscado, en la que no hemos puesto nada propio, y que se acepta de corazón es, y con mucho, la mejor de las mortificaciones.

Personas muy penitentes no saben aceptar las mortificaciones propias de una enfermedad: no quieren quedarse en cama, dejarse cuidar, comer lo que les dan, abrigarse. Las enfermas fáciles son poco numerosas y aún en la vida religiosa las hermanas fervorosas con buena salud, son muy imperfectas en las enfermedades. Y cuando no se está del todo bien, sin estar gravemente enferma, como nos sucede con frecuencia !qué difícil es no quejarse de la comida, tomar ciertas precauciones, aceptar un régimen, no quejarse del frío o del calor...!

La religiosa que tiende a dominar su cuerpo por amor a Jesús que ya puesto en él su gracia, y que desea vivir crucificada con Jesús, buscará sobre todo la mortificación en la obediencia. Nuestro Señor es nuestro modelo: todo sufrimiento le fué impuesto. Su vida fué muy sencilla; sus enemigos le echaron en cara el comer y beber con los pecadores. Cuando se retiró al Desierto para ayunar durante cuarenta días, lo hizo conducido por el Espíritu, para obedecer a su Padre. Su alimento era hacer la voluntad de quien lo había enviado. Las que quieran seguir a Jesús deben ver en todo sufrimiento la voluntad de Dios. Recibir con gusto las mortificaciones que Dios envía, y al mismo tiempo imponerse una mortificación negativa, es decir, abstenerse de cuanto nos impida llegar a la santidad.

Para adquirir la mansedumbre es indispensable dominar la impaciencia; para vivir en silencio y recogimiento es indispensable evitar los desahogos inútiles; para vivir la interioridad es indispensable alejar los pensamientos superficiales; para adquirir una actitud modesta es indispensable no permitirse ciertas familiaridades. Pasad revista a todas las virtudes y constataréis que siempre hay que privarse o reformarse en algo para adquirirlas. Si os mortificais de

esta manera, conservaréis el tesoro de la castidad.

Mortificar sobre todo la curiosidad, la sensualidad, el deseo de ser como Dios que fueron las causas de la caída de Eva. Evitad la soberbia, el orgullo, el placer sensual y la palabrería inútil.

Existe una gran diferencia entre dar a su cuerpo lo que necesita y centrarse egoístamente en sí mismo.

La malicia en los afectos, en las actitudes, en los cuidados del cuerpo, en los sentimientos, en los proyectos es algo malo. Elevaos por encima de todo esto mediante la mortificación negativa y constante que os convertirá no sólo en vírgenes, sino también en fuertes personalidades cuyos rasgos el Espíritu Santo ha trazado en las Escrituras.

La fortaleza es una de las virtudes en que descansa la castidad.

San Ambrosio examina cómo las cuatro virtudes cardinales se encuentran en María, al mencionar la fortaleza nos dice que la Sma. Virgen mostró su fortaleza en el diálogo con el Arcángel Gabriel; fué fuerte en sus actitudes con José cuando éste ignoraba la concepción virginal; fuerte, en la huida a Egipto; fuerte - cuando Jesús se separa de ella para comenzar su vida pública; fuerte sobre todo al pie de la cruz cuando ofrecía a Dios en silencio, el sacrificio de su Hijo sin una queja, sin una lamentación.

La Sma. Virgen estaba revestida de fortaleza, de modestia, de pureza, de castidad. Su pureza inmaculada la mantenía en una actitud digna y reservada: no podía contaminarse con las criaturas ni siquiera tocarlas o dejarse tocar a menos que no lo exigiera la caridad.